

Una tuzada

Francamente, sin pizca de orgullo, Alejandrino había tendido la mano á Gumersindo, en el playo de la manguera, en presencia del mujerío endomingado, y había dicho así:

— ¿Cómo estás Gumersindo? Dende puja.

Y él dijo:

— A mí y á los ñandubaises no nos ladea ningún viento.

Lo dijo sencillamente, sin acento de soberbia, y al otro le gustó, porque rió primero y respondió después:

— ¡Bien hablo, don Modesto!...

— No es inmodestia compararse á un palo; — prosiguió Gumersindo en el mismo tono; — ni yo tengo la culpa si nací madera'e ley en lugar de blanquillo ruín.

Alejandrino fijó en el amigo la mirada serena y firme y le tendió la mano preguntando:

— ¿Quedamos lo mismo?

Gumersindo la tocó con la punta de los dedos para responder con entonación maliciosa:

— Lo mismo.

El grupo de hombres y mujeres, que había formado círculo guardando silencio á la espera de una de esas tragedias gauchas, rápidas como el volceo de un potro, ó la cornada de un toro, se dispersaron; los unos para continuar la lidia momentáneamente interrumpida, los otros para reanudar el colorreo en los fogones donde rojeaban las marcas y se ambaraban los costillares.

La tarea prosiguió ardorosa. Los pialadores rivalizaban en arrojo y destreza ante la espectación femenina, sin que el cansancio ablandase sus músculos acerados y sin que el sol de fuego amenguara las energías.

Gumersindo había ido á colocarse frente á Alejandrino y por tres veces consecutivas le cruzó el lazo, arrebatándole el pial. No dijo una palabra, pero el ceño fruncido, la contracción de los labios y, sobre todo, la mirada que iba encendiéndose poco á poco, eran seguros indicios de que la paciencia iba agotándosele.

Alejandrino era un gaucho como de treinta años, con fama igual de guapo y de prudente, tan dispuesto á evitar pendencias, como á aceptar un reto. ¿Por qué, desde tiempo atrás, lo venía provocando aquel muchachón arisco y silencioso á quien no había ofendido nunca?... No se lo explicaba, y bien que pudiese de su parte todo lo humanamente posible para evitar el choque, éste

se presentaba ya con carácter de irremediable.

Finalizada la hierra y después de la merienda, Alejandrino se encontró solo con su provocador en la penumbra del galpón y le habló así:

— ¿Estás decidido á peliarme?

— Sí — respondió el otro con toda calma.

— ¿Y por qué querés peliarme?

— Porque te odeo.

— ¿Y por qué me odiás?

Gumersindo, siempre tranquilo, calmoso, saco del bolsillo un pañuelo de seda blanco con iniciales bordadas en rojo y dijo:

— ¿No es tuyo?

— Es mío, — respondió el otro.

— ¡Tomálo! — exclamó el gauchito; y agregó irónicamente:

— Parece que se te olvidó la otra noche en el rancho de Casiana, cuando juístes pretendiendo que á la jueza te quisiera.

¿Ella te dijo?

— Sí, ella me dijo.

— Esperate un momento.

Alejandrino se fué al patio de la estancia para volver á poco acompañado de Casiana, quien al encontrarse con Gumersindo intentó huir. El gaucho la retuvo y enseñándole el pañuelo, preguntó imperativamente:

— ¿De ande sacaste ese pañuelo?

Ella callaba. Él la hizo crujir los huesos de la muñeca.

— ¡Contestá!

Bajando la cabeza y lagrimeando, la china respondió:

— ¡Lo robé en el lavadero!...

— ¿Para qué?

Casiana intentó callar; el gaucho tornó á amenazarla y oprimírle la muñeca.

— ¡Pa ligarte! — confesó. — Yo le quiero!...

Alejandrino la soltó despreciativamente, y, encarándose con el gauchito:

— ¿Tuavía querés peliar?...

— Nó, — contestó aquél. Y luego sin abandonar su calma, agregó:

— Pero ya que afilé el cuchillo, p'algo tiene que servir.

Y con un gesto rápido desenvainó y tronchó de un tajo la trenza de la china, que arrojó al suelo, diciendo con sonrisa helada:

— ¡Aunque más no sea pa tuzar una yegua!

JAVIER DE VIANA.